

Juan de Castro R., Pbro.  
Prof. de Teología Moral.  
Facultad de Teología de la  
Universidad Católica de Chile.

## LA FE DEL SACERDOTE EN EL MUNDO DE HOY

**L**a fe del sacerdote? ¿Es que ella difiere en algo de la del simple cristiano? La segunda parte del título también despierta recelos, a primera vista. La Fe, ¿no ha sido, no es y será siempre la misma, el don gratuito de Dios, “fundamento y raíz de nuestra justificación”? Sin embargo, y todavía en el plano de las generalidades, la experiencia nos enseña que nuestro título, al menos en lo que percibimos en nuestra vida pastoral, es justificado. ¿Acaso no existe precisamente un problema de diálogo entre las diversas generaciones que hoy conviven, muchas veces dramático, incluso en el plano de la religiosidad? La expresión de la fe de los antepasados ¿no se presenta en algunos aspectos como algo poco atrayente y a veces incomprensible, para la mente del joven de hoy? Y, por otra parte, ¿no hemos notado los sacerdotes que en ciertas ocasiones y por nuestra manera de concebir lo religioso del mundo y de la actividad humana, se nos acusa (justa o injustamente) de ser hombres “que viven en otro mundo”?

Existen indudablemente expresiones antiguas y nuevas de la misma fe, por eso es necesario que precisemos los términos y delimitemos el campo de nuestro lenguaje, para no caer en confusiones. Nuestro problema sería: ¿existe una fe típicamente sacerdotal? ¿En qué sentido esa fe puede ser de hoy?

Si consideramos la fe como *acto de fe*, ella es anterior al sacerdocio y a la vida cristiana misma, en su sentido más específico, tal como la entiende el Concilio de Trento cuando la describe en su decreto sobre la justificación (1). Es evidente que en este sentido la fe no difiere esencialmente entre un hombre que se convierte y otro.

Pero también está la *fe-virtud*, inherente al alma del cristiano, en el orden de la gracia habitual, por la cual adherimos a la palabra de Dios, que fundamentalmente

---

(1) “Se dice que somos justificados por la fe, porque ‘la fe es el principio de la humana salvación’, el fundamento y raíz de toda justificación, sin la cual es imposible agradar a Dios (Heb. 11, 6) y llegar al consorcio de sus hijos; y se dice que somos justificados gratuitamente, porque nada de aquello que precede a la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia misma de la justificación; porque si es gracia, ya no es por las obras; de otro modo (como dice el mismo apóstol) la gracia ya no es gracia (Rom 11, 6)”. Conc. de Trento, Sesión VI, cap. 8, *Denz.* 801.

es Cristo mismo, y nos incorporamos a su Iglesia externamente. Además en este plano se ubican la fe implícita del hombre con ignorancia invencible de la revelación, y la fe que no opera por la caridad. Estos tres tipos de fe tienen de común, en un sentido negativo, el que no dicen relación necesaria con la vitalidad existencial que procede de la conciencia del hombre que la posee. Es un contrasentido a la dinámica de la fe, pero la Iglesia nos enseña que se puede tener auténtica fe en las enseñanzas del Magisterio, creer en la Trinidad Stma., en la Encarnación del Verbo o en la Gracia del Espíritu Santo, sin que ello necesariamente provoque repercusiones en la vida real y concreta del creyente (2).

Una tercera modalidad, la que aquí nos interesa, la encontramos en lo que llamaríamos la *fe existencial*, es decir aquella que repercute en la vida real del hombre y se alimenta en ella. Una postura de fe en la vida. En efecto, la vida cristiana y la existencia concreta, aun cuando no son conceptos adecuados, están íntimamente implicados la una en la otra. En el número que esta revista consagró a la fe, los PP. Comblin y Viganó insistían en este tercer aspecto. Este último la llamaba "fe de contemplación" (3). Es decir, la actitud de adhesión a Cristo y sus misterios, pero como repercutiendo actualmente en el mundo del hombre que cree. Muchos son los aspectos de este problema; tantos cuantos creyentes haya, porque siendo una postura vital, aunque sobrenatural en su origen y formalidad, los énfasis reales serán diversos en cada individuo. Hoy, para algunos, Dios Creador en el mundo moderno constituye el motivo radical de su vida y acción cristiana. Para otros, puede serlo la unión de lo natural y sobrenatural en la existencia concreta; para otros, en fin, Cristo vivo y resucitado dirigiendo la historia, presente entre los hombres. E incluso se debe admitir en cada uno de estos aspectos, una coloración personalísima e irreplicable que depende de la personalidad, el temperamento, la formación intelectual, la cultura general y religiosa, las diversas situaciones del ambiente, etc. Una fe no en ideas aprendidas de memoria, sino en una Persona actuante hoy y siempre en la indivisión real de su obra y la nuestra. De ella se puede y se debe tener experiencia. En tal forma, que cuando se ha dado este paso fundamental y radical, todo el resto de lo que llamamos "la doctrina" es aceptado sin dificultad y como una riqueza más (4). Fe, entonces es *sabiduría de vida* que constituye un estilo nuevo de vivir según Dios en el mundo. Tal como la enseñó el Maestro y como la entendió San Pablo para los "teleioi", los que han alcanzado una cierta perfección y madurez de su fe a través del proceso de exigencias y respuestas que implica la fidelidad a la vida con Dios. Una fe auténtica; a esta modalidad nos referimos.

Si la fe es un proceso existencial así entendido someramente, podemos comprender ya que hablamos de la fe del sacerdote (diversa de la del laico, porque se trata de existencias concretas diversas) y en el mundo de hoy (porque la existencia

(2) Esta es la fe llamada "informe" en la tradición teológica de la Iglesia. "Fides quae est donum gratiae inclinatur hominem ad credendum, secundum aliquem affectum boni, etiam si sit informis..." (*Summa Theologica* II, Hae 5, 2, ad 2um). La existencia de esta fe informe es doctrina establecida en el Concilio de Trento. *Denz.* 838; cfr. 808.

(3) Cfr. *Teología y Vida*, julio-septiembre de 1962.

(4) Esta idea es central en el magnífico librito de J. LECLERCQ, *El problema de la Fe en los medios intelectuales del siglo XX*, Bilbao, Desclée, 1964, especialmente el cap. II.

cristiana es un continuo devenir histórico en la adquisición de formas nuevas de expresión de los misterios de siempre). Es de la mayor importancia abordar la fe desde este punto de vista, estando sumidos, como lo estamos, en un mundo que se caracteriza por los cambios y donde el Vaticano II mismo nos hace imaginar una Iglesia del futuro diversa de la que hoy vivimos. La fe que se quedara anclada en las formas que hoy vemos, que pasan a segundo plano y poco a poco tienden a desaparecer, será una fe más peligrosa que la que se expone a los cambios que exigen las nuevas circunstancias. Junto con exponerse a ser condenado por la historia, el hombre que así viva de una fe instalada podrá arrastrar en esa condenación a la fe misma.

### I. LA FE EXISTENCIAL

Seguendo al P. Garrigou-Lagrange, podemos decir que esta fe existencial se identifica con lo que se llama en ascética y mística "*el espíritu de fe*" (5). Sería, según él, una manera de "juzgar, sentir, amar, simpatizar, querer, siguiendo las inspiraciones de la fe".

Este concepto es muy semejante a lo que se expresa en el Nuevo Testamento como "gnosis" y "sofía", ambos, por lo demás, muy vecinos a la "pistis".

En efecto, toda la enseñanza de Jesús se puede sintetizar en una "sofía", una sabiduría de vida. El es antes que todo el Maestro, en la misma línea de los maestros de la sabiduría del Antiguo Testamento, pero superándolos en su profundidad y en las obras, lo que hace entrever la misteriosa personalidad del Hijo (cfr. Mt. 11, 25s). San Pablo lo llamará sabiduría de Dios (I Col. 1, 24, 30). Jesucristo es el Maestro, pero no de una enseñanza abstracta, sino del cómo se debe vivir en la vida concreta. Todo el conjunto de lo que se ha llamado el Sermón del Monte (Mt. 5-7) es la enseñanza práctica que debe desprenderse de la vida de quien ha optado por el Reino de Dios. Los valores que deben conducir a la felicidad (las bienaventuranzas); la ley y su sentido; la interioridad y rectitud de corazón ("Habéis oído que se dijo . . . Y bien, yo os digo . . ."); el significado del dinero; la gratuidad del amor, su pureza, su expresión en la oración, la limosna, etc. De todo ello se percibe que la enseñanza de Jesús traspasa los límites mismos del ejemplo histórico y constituye todo un espíritu aplicable a otras situaciones análogas. La finalidad de todo: "Así, el que escucha las palabras que acabo de decir y las pone en práctica, puede compararse a un hombre sabio que edificó su casa sobre roca . . ." (Mt. 7, 24). Es decir, la fe tal como aparece en los sinópticos es una sabiduría sobre las situaciones concretas de la vida, generalmente "hechos de vida", de los cuales el Señor saca una sentencia aplicable a casos semejantes. Todo ello, evidentemente, supone una doctrina, pero ella no es entregada en forma aparte de la vida misma del discípulo.

San Pablo profundiza este concepto. Para el Apóstol de los gentiles el que es perfecto en la fe, el hombre maduro en su vida cristiana, posee esta sabiduría o inteligencia espiritual ("nous en pneumatí") que le hace comprender el ser concreto según sus causas más altas. Eso es obra del Espíritu de Dios (que sondea la profun-

(5) Cfr. "*L'Esprit de Foi et son progrès*" en *Verbum Sapientiae* 43 (1935), p. 138. Ver sobre el tema DE BOVIS, A., art. "*Foi*" (*l'esprit de foi*) en *Dict. de Spiritualité, Ascétique et Mystique*, T. V, pp. 603 s.

didad de Dios) que, dado al hombre por la fe, le da el sentido de Cristo ("nous Cristou"), una dimensión nueva de mentalidad (cfr. I Co. 2, 10-11; 16). Puede conocer el "misterion", el designio salvador de Dios que se desarrolla en la historia, en relación a sí mismo y su situación en el mundo.

Quien posee este espíritu de fe, el sentido de Cristo por el Espíritu, incorpora la voluntad salvífica de Dios ("zélema Zeou") en su vida y se da, según el Espíritu, un lugar en el mundo y en la Iglesia (6). Eso le permite poner de acuerdo sus decisiones, incluso las más interiores (I Co. 4, 5), con la condición concreta en que vive. Esta sabiduría y conocimiento de Dios en el mundo, producto de la fe en el hombre "espiritual", aunque implica elementos especulativos, es sin embargo de tipo vital. Más que conceptos para el regocijo intelectual, encamina a la acción. Por eso mismo está en íntima conexión con la caridad. Ella nos hace amigos de Dios y nos da un conocimiento y una inteligencia peculiar de la experiencia religiosa que no da el estudio. "Y ésta es mi oración: que vuestra caridad aumente cada vez más en conocimiento ("epignosis") perfecto y en sensibilidad, para poder discernir los verdaderos valores, y así seáis puros e irreprochables en vista del Día de Cristo" (Filip. 1. 9; cfr. Ef. 3, 18) (7). En el amor de Dios y en su Espíritu que lo proporciona, la sabiduría nos hace penetrar la profundidad de lo real existente: los "signos de los tiempos", el designio de Dios sobre el hombre, el mundo y las cosas. De este modo la fe espiritual se realiza a través de un proceso lento de maduración por el Espíritu en la vida del que cree, constituyéndolo un "téleios" en la Fe que opera por la caridad. La existencia se presenta a este hombre como una continua interpelación de Dios que lo va dirigiendo, según la fidelidad de sus respuestas, hacia una concepción cada vez más profunda y vital de lo que sucede. Esta actitud es la que, según Sto. Tomás y diversos autores, permite al creyente superar la instalación y el peligro de decrecimiento y muerte vital de la fe, a través de un proceso de continuo conocimiento en el discernir la voluntad de Dios en su vida, y dando a ésta un "estilo" del todo diferente de quien no tiene una fe consciente (8). De más está subrayar, como ya lo decíamos, que esta sabiduría o estilo de vida debería traducirse en expresiones diversas según el lugar y funciones que se ocupen en el mundo y en la Iglesia.

## II. LA FE DEL SACERDOTE Y EL MUNDO DE HOY

Esta visión existencial de la fe como sabiduría de vida es de suma importancia en el sacerdote. Por misión él es el educador de la fe de los demás, y debe transmitirles el seguimiento de Cristo que se realiza en su propia vida. Debe ir percibiendo la acción del Espíritu de Dios en el mundo y en la gente que le ha sido encomendada, y tal como él ha sido enseñado, debe enseñar a los demás la sabiduría de

(6) Cfr. al respecto los análisis de la fe en GONZALEZ RUIZ, J. M., *Epístola a los Gálatas*, Madrid, 1964, pp. 132-230.

(7) Traducción del original griego por J. M. GONZALEZ RUIZ, en *Epístolas de la cautividad*. Madrid, 1956, p. 23.

(8) Cfr. Sto. Tomás, *Super Ev. Johannis*, c. 6, lect. 5, n. 5; también en S.th., II, Iae 5, 4c. Entre los autores modernos y sobre la madurez de la fe, LIEGE, A., "Vers la maturité de la Foi", en *Nouvelle Revue Théologique*, 80 (1958). 673-678.

vida que es Cristo. Esto es lo esencial del ministerio de la Palabra que le ha sido confiado (9).

La fe del sacerdote atenta a lo dinámico de la vida, debe ir expresándose en conceptos y actitudes vitales distintas según la evolución de los acontecimientos históricos. Por eso nada más ajeno y contrario a la fe que la estereotipación en marcos rígidos, inmutables. Ella debe ir comunicándose en un lenguaje siempre nuevo, adecuado a lo que vive el hombre de hoy y, por otra parte, debe ser una vivencia adecuada a los tiempos en el sacerdote mismo. No tener fe-en-el-mundo, sabiduría de vida, es precisamente no captar la vida como proveniente de Dios y encaminada a él en lo concreto de la existencia, sino percibirla como un "vidrio liso", según la expresión de alguien, donde los acontecimientos no significan algo diverso, de distinta importancia.

¿Cuáles son esas sinuosidades de la historia de hoy que imponen esta nueva exigencia a la fe? He aquí el problema que se nos presenta como medular en estas reflexiones. Hay un deber de cada sacerdote de hacer aquí un trabajo personal de contemplación de su propia vida; nadie le podría decir en concreto y a cada momento cómo debe expresar su fe. Su situación es del todo especial. Sin embargo podemos y debemos delimitar los grandes rasgos a partir de la situación nueva de la Iglesia y del mundo en estos días. Las afirmaciones que hacemos son conocidas hoy ampliamente, pero creemos necesario volverlas a repasar y tomar conocimiento de ellas (10).

#### A. LA NUEVA CONDICION DE LA IGLESIA

Sin duda la situación de la Iglesia con respecto al mundo en que vive y desarrolla su misión, ha sufrido una evolución y es predecible que sufrirá todavía una mayor. Desde la Edad Media, en que la Iglesia se confundía con las estructuras de la sociedad, hasta hoy, ha habido un proceso que, poco a poco, ha ido desembocando en una situación de minorías. En efecto, cuando se mira en un mapa, se advierte fácilmente que la Iglesia, junto con adquirir una universalidad espacial mayor, se ha transformado en pequeñas comunidades sumidas en medios no cristianos o descristianizados. El hecho es bien claro y conocido desde tiempo atrás en Europa, y lo percibimos cada día con mayor claridad en nuestros países latinoamericanos, especialmente en los medios urbanos. En las poblaciones y barrios mismos de nuestras ciudades se tiende, y con razón, a formar las pequeñas comunidades que aparecen fundamentales para el sostén de la fe de los creyentes. ¿Quién no ha pensado cuando ha tenido la oportunidad de Dios de intervenir en una conversión a la fe: "y qué hago con él ahora. Seguramente esta nueva vida no la podrá sobrellevar en el medio en que vive"?

Cuando pasamos revista a las organizaciones que día a día se multiplican, dependientes o no del Estado, observamos que han sido producidas prescindiendo de la Iglesia (y no ponemos objeción alguna a ello) y a través de la acción de gen-

(9) Cfr. al respecto en este mismo número el artículo del P. B. Villegas.

(10) Lo que aquí diremos se podrá completar con las descripciones respectivas que hacen de la Iglesia y el mundo de hoy los PP. M. Ossa y J. Comblin también en este número.

te no cristiana, e incluso en algunas partes, anticristiana. Los valores culturales, como la educación, la ciencia, el arte, donde se debe vivir y crecer cristianamente, no son más específicamente cristianos, no llevan el sello de la Iglesia. Lo estrictamente gremial, en esta sociedad pluralista, toma caracteres cada día más netos. Todo ello exige (no sólo como una doctrina aprobada, sino por el hecho mismo) la tolerancia, especialmente en materia religiosa, cuyos temas se trata de eludir para no producir choques entre los distintos miembros de la oficina o de la industria. El aconfesionalismo en materia de partidos políticos es algo ya adquirido, aunque relativamente reciente. La Acción Católica misma debe renunciar a influir en la promoción de estructuras temporales adecuadas a la vida cristiana, como ha sucedido, según nos parece, en la JOC y en la AUC.

En materia de relaciones con otras religiones, anteriormente los católicos hablábamos de "sectas" protestantes (en el sentido sociológico minoritario de la palabra). ¿Hoy, no nos acercamos también nosotros cada vez más a esta categoría sociológica? El ecumenismo es un descubrimiento motivado tanto por un deseo de cumplir con la Palabra del Señor, cuanto motivado por la "convivencia pacífica" de iglesias y confesiones que se sienten misioneras y comúnmente cristianas en un mundo no cristiano. Una vez más se comprueba que Dios habla multitud de lenguajes contingentes, junto a su Palabra Eterna por Jesucristo en la Revelación. Cuando el hombre no llega a entenderla, Dios la sugiere a través de los hechos, los "signos de los tiempos", los "kairoi" de salvación para el hombre de fe.

Las relaciones de la Iglesia con el Estado, en esta situación, no pueden dejar de estar afectadas en la misma línea. Ya se acabó la época en que los miembros del Estado y de la Iglesia coincidían en las mismas personas. Hoy, junto a los cristianos miembros de la Iglesia, están también los que no lo son, como miembros del Estado. La situación de potencias que antes se miraban de frente y trataban de inmiscuirse en los asuntos del otro, va existiendo menos. Hoy el Estado percibe claramente su misión de rector del bien común en la sociedad pluralista y la influencia de la Iglesia tiende a restringirse a las comunidades y conciencias específicamente cristianas. Las doctrinas sobre la libertad religiosa, sobre la educación, el ecumenismo, etc., proclamadas recientemente en el Vaticano II, tienen aquí una base de realidad que es incuestionable.

"Padre, no quiero que los saques del mundo, sino que los preserves del mal" (Jn. 17, 15). Hay aquí una realidad que escrutada a los ojos de la fe tiene importantísimas implicaciones para la fe del sacerdote. No sólo porque él debe ser, por vocación y misión, el educador de la fe por excelencia, sino también porque él, y hoy especialmente, forma parte de este mundo indiferente u hostil a la fe (11).

---

(11) Esta breve descripción de la Iglesia actual puede parecer un tanto pesimista a más de algún lector. Sin embargo no pasa de ser una toma de conciencia de la realidad, la cual, por lo demás, puede y debe tener un sentido divino. Sobre este tema y especialmente sobre el sentido teológico de los acontecimientos inevitables y aparentemente destructores, se puede consultar K. RAHNER, *Mission et grâce*, 3 vols., Paris, 1962-65, vol. I, cap. I "Le chrétien dans le monde moderne".

## B. LA NUEVA CONDICION DEL MUNDO

Ya hemos dicho que este mundo es, bajo ciertos aspectos, indiferente u hostil a la fe. Sin embargo, esa perspectiva puede ser parcial si no la profundizamos un poco más. Hay una verdad del catecismo que nunca debemos olvidar y es que "Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar". Dios estuvo presente en el comienzo de la creación, permanece presente y estará siempre presente dirigiendo el hombre y el mundo hasta cuando el Hijo le someta todas las cosas "para que sea Dios todas las cosas en todos" (I Cor. 15, 28).

Este mundo con sus profundas reestructuraciones no es un mundo ajeno a Dios, como tampoco lo han sido los siglos pasados ni lo serán los futuros. Pero tampoco debemos perder de vista, y especialmente desde el punto de vista de la fe que ahora nos ocupa, que hoy se presenta como un desafío, no sólo para las expresiones clásicas de la fe, sino para su posibilidad misma (12). El hombre de hoy no tiene solo problemas con las expresiones de la fe que le pudieran parecer un poco extrañas, quizás anacrónicas, sino también con la posibilidad misma de trascender la realidad humana y cósmica. El ateísmo ha pasado desde una posición incómoda y minoritaria en el siglo pasado, a tomar un lugar cada vez más extendido en el mundo de hoy. Hay aquí multitud de fenómenos perceptibles para el que tenga buena vista. ¿Cuáles son los rasgos más fundamentales con respecto a la fe?

El hombre ha sido siempre creador, pero hoy lo es de una manera especial, revolucionaria, verdaderamente. Sus relaciones con la naturaleza han sido profundamente alteradas. Antiguamente era ella la realidad soberana donde el hombre vivía integrado y, desde el punto de vista de la fe, como espejo y oráculo del señorío de Dios. El hombre construía todo a partir del dato más o menos fijo y estable que la naturaleza le aportaba y sobre el cual poco podía hacer; más bien debía aceptarlo y colaborar con ese dato. La tierra, los astros, la luna, el sol, eran antes que todo las creaturas de Dios. El hombre vivía acomodándose a datos dados, hechos, llámense temblores, lluvia, o instituciones sociales como la familia, la sociedad pequeña rural, monolítica y cerrada. En este mundo, los acontecimientos se desarrollaban de manera paulatina y morían gradualmente, no existiendo todavía los medios técnicos de aceleración que pudieran constituirlos en acontecimientos nacionales e internacionales y desencadenar otra multitud de problemas. Todos estos "datos dados" constituían una especie de gerente supremo de Dios y su Voluntad, a la cual el hombre se acomodaba con una mayor o menor facilidad.

Hoy las perspectivas han cambiado radicalmente; se ha pasado de un cosmocentrismo teológico a un antropocentrismo ateo. Algo está sucediendo en el mundo de hoy semejante a lo que sucede cuando el campesino viene a la ciudad. En el campo, el hombre se encuentra con un marco donde le es relativamente fácil intuir a Dios y su Acción. Todo lo recibe de la naturaleza: la grandeza de Dios en la montaña, la encina y el eucalipto; su Providencia en el agua del arroyo, la lluvia que hace germinar la semilla, la vida que se desarrolla constantemente a sus ojos, el panal de abejas que le proporciona alimento y material para la luz. En una palabra se nace y se vive en profunda dependencia del dato dado.

(12) Sobre este punto recomendamos la lectura del reciente libro traducido del alemán de K. RAHNER *Est-il possible aujourd'hui de croire?*, Paris, 1966.

Cuando nuestro hombre campesino llega a la ciudad, se encuentra profundamente tocado por un mundo donde el marco de Dios se ha cambiado por otro nuevo, desconocido, y donde él mismo empieza a sentir una libertad nueva, un crecimiento de sus posibilidades. La montaña y los árboles se cambian por edificios y jardines, producto del cuidado de los hombres que los ponen y quitan a voluntad para transformar la "cara" de la ciudad. No necesitan del agua del arroyo, porque tienen agua limpia y potable en la cañería durante las 24 horas del día y todo el año. La luz la tiene, y de mucho mejor calidad, pudiendo encenderla y apagarla incluso cuando no tiene necesidad de usarla. Tiene la posibilidad de conseguir sus alimentos en la esquina casi preparados para consumirlos de inmediato. Los grandes intereses han cambiado: hay que trabajar, defender el trabajo, sindicalizarse quizás, construir una casa, tener menos hijos, calcular un presupuesto, hacer colas, enviar los hijos a la escuela "para que sean algo más que yo", etc. ¿Y Dios? No se ve que esté presente; se ha ausentado bruscamente de la vida. Algunos llegan a pensar que se ha olvidado del hombre o que ha sido un invento de los sacerdotes.

Esto nos parece que está sucediendo, en otra escala, en la globalidad del mundo de hoy. El hombre empieza a someter el dato que antes lo sometía a él. De una manera insospechada, todos comienzan, cada uno a su nivel, a querer realizar una sumisión de su mundo. Puede ir por todas partes y con rapidez; puede saber con sólo horas o minutos de retraso lo que ocurre en otras partes del mundo, y vibrar con asuntos que antes desconocía o miraba con recelo, como algo misterioso; puede fabricar materiales artificiales de mejor calidad; puede planificarlo todo e incluso a sí mismo en su fecundidad procreativa; lanza cohetes y piensa viajar dentro de poco a otros rincones del cosmos a velocidades inimaginables; podrá aprender lo que otros han aprendido mediante una inyección, mejorar las taras hereditarias y producir seres humanos mejor dotados o especialmente dotados para algo, etc. Todo ello lleva al hombre a sentirse dueño de sí, independiente, libre, con un sentimiento de ser su propio creador y, en último término, su propio dios. Va perdiendo el sentido de sus limitaciones y la fe le aparece como una categoría del pasado. Quizás algo que se le tiene cariño como formando parte de nuestra existencia en algún momento, como se le tiene cariño al abuelito bondadoso, pero sin mucho significado para el que ahora es hombre adulto. Quizás el retrato es un poco caricaturesco y exagerado, pero no es imposible que este contenido se dé en la realidad. Habría mucho que hablar de las repercusiones que esto tiene en la postura moral, pero ya sería salirnos demasiado de nuestro tema.

En pocas palabras, podríamos resumir: el mundo se ha despojado de su contenido misterioso, o al menos éste se ha aclarado. Antes era la huella del Creador la imagen primera que teníamos del mundo; hoy, es la marca del hombre la que lo sella. Sin embargo, el hombre de hoy puede seguir encontrándose con Dios en este mundo. Es un a priori que hay que defender a nombre de la revelación y una experiencia del fiel que insiste en mirar este mundo nuevo con los ojos de la fe.

### III. LA FE DEL SACERDOTE EN EL MUNDO DE HOY

El sacerdote está viviendo en este mundo de cambios profundísimos, es hijo de él y de su historia, y por otra parte, debe continuar con la proclamación del Evangelio desde la Iglesia y hacia ese hombre que comienza a vivir estructuras nuevas. Intentaremos delinear y explicar algunas de las características de la fe de ese sacerdote. Si la fe de la cual hablamos es una fe existencial, una sabiduría y estilo de vida según el Evangelio, ¿cuáles son sus principales características en la Iglesia y el mundo de hoy? Forzosamente algunas serán comunes a todo cristiano, pero que en el sacerdote deberán tener un énfasis de particular importancia; otras serán más propias de él.

#### 1. FE PERSONAL, ACTIVA Y COMUNITARIA

A. El sacerdote, ya lo hemos dicho, vive en un mundo neutro, indiferente, e incluso donde se juegan valores que no se realizan a nombre del cristianismo. Por otra parte, él mismo ha dejado de ser una casta, ha dejado de ocupar un cierto nivel dentro de la sociedad. En una carta pastoral del Cardenal Doepfner, se hacía ver lo mismo:

“Las formas de vida sacerdotal han sido principalmente modeladas por una conciencia de clase que ya no está de acuerdo con la actual evolución social, y que por lo tanto está superada. Los sacerdotes se presentan como miembros de una “clase”. Ahora bien, la “clase” era un grupo, en la sociedad cerrada y jerárquica de la Edad Media, que debía su situación social a derechos y deberes tradicionales y estaba modelada según formas de vida “conformes a un rango” . . . El sacerdote debe contar en adelante con que la “sociedad pluralista”, que trae la igualación de los derechos de todos en la vida pública, reconoce efectivamente sólo a aquellos que se hacen legítimar por prestaciones y méritos personales y no por la pertenencia a una “clase” (13).

Por este mismo hecho, el sacerdote, como también el Cardenal Doepfner lo hace notar, debe ser, hoy más que nunca, un hombre entre los hombres, sometido a las leyes que rigen la sociedad contemporánea, y guardando sus reglas de juego (14). Entre ellas es importantísima la que se refiere al cambio de los niveles sociales. Despojada de su posición privilegiada, el sacerdote debe armarse de una fe que sea capaz de seguir siendo viva y vitalizante, pero ahora en la sola autonomía de su persona. La valorización personal y positiva de la fe es indispensable, si se quiere subsistir y crecer frente a los sentimientos de soledad, de ineficacia ante el medio indiferente, o de incapacidad ante lo complejo de los problemas del mundo y de la gente de hoy. El reciente Concilio recalca que la fe siempre es un compromiso de toda la persona, a diferencia de Trento y el Vaticano I que ponen el énfasis más bien en su aspecto nocional.

(13) Cfr. *Mensaje* n. 135 (diciembre 1964), p. 667.

(14) El Concilio trae un párrafo especial sobre esta condición del Presbítero en el decreto *Presbyterorum Ordinis*, n. 3.

“A Dios que se revela, debe prestársele aquella obediencia de fe (Rom. 16, 26; cf. Rom. I, 5; II Co. 10, 5-6) por la que el hombre libremente se entrega todo a Dios...” (15).

La fe debe ser siempre personal y vital y no sólo en el sacerdote sino también en el laico, pero con mayor razón en el sacerdote que por misión es un “educador en la fe” del Pueblo de Dios (lo central de la cura de almas) y debe contribuir a su desarrollo y madurez, testimoniando la solidez que busca formar en los otros con la de su propia vida (16).

Existen algunos presupuestos que no deben ser olvidados en un planteamiento sobre una fe personal.

—La fe es una gracia, un don gratuito, sobrenatural, pero íntimamente ligada (como toda gracia) a la historia de cada individuo, lo cual supone que existan etapas diversas en ella: la fe del niño, la del adolescente, la del adulto, hombre o mujer. El Bautismo es el sacramento de la fe “germinal” que debe crecer y hacerse algún día personalmente aceptada y siempre en crecimiento (17).

—El resorte absolutamente último de la fe en un sujeto es volitivo, es decir, Dios en cuanto atrae nuestro espíritu al amor de su Verdad: “Nadie puede venir a mí si mi Padre no lo atrae” (Jn. 6, 44) (18). Pero esta Verdad no es algo abstracto, sino la verdad como se presenta al hombre concreto atrayéndolo como algo que satisface profundamente sus aspiraciones de Bien, Alegría, Felicidad. Cada hombre tiene un motivo secreto (que tal vez haya que descubrir y redescubrir siempre) por el cual se adhiere a la Palabra de Dios, sintiéndose atraído por ella.

Ambos elementos, el contexto psicológico, y el motivo afectivo y voluntario (junto al intelectual) deben tener un lugar importante en la vida de fe sacerdotal, si queremos que sea auténticamente personal y vital. Más aún, estos motivos últimos de la fe deben estar ligados en el sacerdote a su condición de pastor, apóstol, profeta, liturgo, testigo. Es esta Verdad personal, generalmente algo muy

(15) Concilio Vaticano II, *Constitución Dei Verbum*, n. 5.

(16) La expresión “educador en la fe” corresponde al decreto *Presbyterorum Ordinis* (n. 6). Este título compete al sacerdote como participante “según su parte de autoridad” en el oficio de Cristo, Pastor y Cabeza y, por tanto, íntimamente ligado con su carácter de “apóstolos” y “martyr”. Sobre la estrecha relación que existe entre la comunicación de la fe y la apostolicidad según San Pablo, cfr. GONZALEZ RUIZ, J. M. *Epístola a los Gálatas*, op. cit. pp. 331-345.

(17) Este tema que podría llamarse el contexto psicológico de la fe, ha sido muchas veces tratado por el P. A. LIEGE. Cfr. por ej., “La Foi” en *Initiation théologique*, vol. III. Paris. 1961 (3a. edición), pp. 500s; *Madurez en Cristo*, Santiago de Chile, 1964, pp. 5-45; “Vers la maturité de la Foi”, art. cit.

(18) Permítasenos citar algunos textos de STO. TOMÁS: “La fe no se encuentra en la inteligencia sino en cuanto imperada por la voluntad... De donde aunque aquello que viene de la voluntad pueda decirse que es accidental a la inteligencia, es, sin embargo, esencial a la fe (*De veritate*, 14-2 ad. 10). “El comienzo de la fe se encuentra en el afecto, en cuanto la voluntad determina al intelecto a consentir en aquellas cosas que pertenecen a la fe. Pero esa decisión no es un acto de caridad ni de esperanza, sino una especie de apetito del bien prometido” (*Ibid.* 14, 2 ad. 10). Esta es también la doctrina de la Iglesia sobre el acto de fe en el Concilio de Orange (*Denz.* 178: “pius credulitatis affectus”) y en el Vaticano I (Cfr. *Denz.* 1791).

simple, pero muy profundo en cada hombre consciente de su fe, lo que nos permite no depender del medio en que vivimos, sino integrarnos en él con lo nuestro y testimoniar lo nuestro en él. De otro modo, es fácil ser adolescentes "zarandeados por todo viento de doctrina" (Ef. 4, 14), desvirtuar nuestra misión y caer, quizás, en una crisis de fe.

El sacerdote que tiene una fe asentada puramente en forma intelectual, se encuentra en situación peligrosa y no duradera en un medio indiferente o adverso; no hay ni influencia del amor ni una elección personal ante la interpelación de fe del medio. Por otra parte, también debe procurar producir ese tipo de fe integral en sus fieles, presentando el Evangelio, Cristo, la Iglesia, su sacerdocio, en forma adaptada y atrayente, al alcance del hombre de nuestro tiempo y de las inquietudes que conmueven su afecto. Si todo eso es auténtico, allí tenemos el "pius credulitatis affectus" que puede iniciar el proceso de la fe adulta en los demás.

B. Y con esto llegamos a otra de las características indispensables a la fe de hoy: su rasgo comunitario. En efecto la fe sacerdotal de hoy también debe ser eclesial, comunitaria. La Iglesia es y será siempre la escuela de la Verdad, no sólo bajo el aspecto doctrinal, impidiendo la vaguedad, los arranques puramente sentimentales o morales, sino también y sobre todo en cuanto comunión de fe y caridad. Para San Pablo, una buena definición de la Iglesia podrá ser "la Casa de la fe" (cfr. Gál. 6, 10: los que pertenecen a la misma casa de la fe). Es el Pueblo de la fe (el de los hijos de Abraham no según la carne, sino según la Promesa). La fe no es primariamente una cuestión individual, sino una tarea de salvación asumida de manera colectiva y comunitaria que tiene su fundamento en la autenticidad apostólica, de la cual participa el presbítero. Pero aquí queremos hablar no sólo de la Iglesia Católica unida a través del mundo por lazos solamente mediatos como los societarios y jurídicos, sino sobre todo de la Iglesia concreta, la sociológica, la pequeña comunidad donde se comparte auténtica e inmediatamente la vida cristiana. Aquí debemos recalcar dos puntos con respecto al sacerdote.

En primer lugar, el sacerdote de hoy debe buscar esta comunidad, sostén y alimento de su fe, en los otros hermanos sacerdotes. Hemos vivido demasiado tiempo con una fe individualista. Basta observar las exigencias de la fe en cualquier manual de teología moral para darnos cuenta. Hay muchas razones que urgen hoy la proyección social de la fe sacerdotal entre los mismos sacerdotes. El sacerdote en el mundo de hoy, perdida su condición de clase, puede sentirse más solo que nunca, aunque su soledad siempre será parte de su sacerdocio. Pero no podemos permitir, a nombre de una vida de fe que hay que proteger y desarrollar cada día, que nuestras energías se instalen o desfallezcan en una crisis a causa de nuestro individualismo. La comunidad sacerdotal debe ir siendo una realidad cada día más fuerte, el medio donde se cultiva el diálogo fraterno sobre la realidad ambiental y personal. Se ve necesario descubrir nuevas formas comunitarias de existencia sacerdotal tanto para los párrocos, especialmente los que trabajan en medios populares, cuanto para los asesores de movimientos apostólicos. Bástenos recordar que el Concilio ve la labor apostólica y misionera de la Iglesia, antes que todo en un nivel de colegialidad entre los Obispos y de Presbiterio en cada diócesis, frente a un óptica casi exclusivamente individual del pasado. Ello no corresponde sólo a una con-

cepción dogmático-sacramental, sino también a una urgencia actual de la Iglesia en el mundo de hoy (19).

Pero el sacerdote como educador de la fe debe también, a partir de su propia experiencia de fe comunitaria, formar auténticas comunidades de fe entre los cristianos dispersos en el ambiente descristianizado de hoy. Es el gran descubrimiento de los últimos tiempos (20). El cristiano de hoy no puede conservarse firme en la fe sin la comunidad que lo apoya y le da aliento con la amistad y el testimonio común de esfuerzo. Formar cristianos que no estén conectados con otros en una comunidad parece ser condenarlos de antemano a desfallecer en el camino. Pero para ello el sacerdote debe haber antes vivido y valorizado personalmente la experiencia comunitaria; de otro modo se quedará sólo con la comunidad litúrgica que es un aspecto. No se pueden exigir actitudes verdaderamente fraternas en el templo con gente que proviene de distintos ambientes, trabajos, medios culturales, edades, inquietudes, etc. Eso sería seguir pensando que en la ciudad se siguen aplicando las categorías de la parroquia rural del pasado. Hoy es casi imposible prolongar las actitudes comunitarias de la liturgia a la vida real. La liturgia está hecha para una comunidad que se ha formado anteriormente en todos sus aspectos y que viene a expresarlos eclesialmente en los gestos litúrgicos. El mismo sacerdote puede ser hoy un desconocido más dentro de la asamblea.

En este somero examen que hemos hecho de la necesidad de una fe sacerdotal actual que sea personal, activa y comunitaria, una conclusión puede desprenderse de inmediato, el esfuerzo por buscar un estilo de vida que favorezca esa necesidad. La autoridad eclesial debe hoy buscar caminos pastorales en diálogo colegial e impulsar ese mismo tipo de diálogo entre presbíteros y entre éstos y laicos. La Iglesia no está constituida por individuos aislados, sino por el Pueblo de Dios. Los sentimientos de soledad, frustración, ineficacia, no pueden sino experimentarse en el mundo de hoy ante el cúmulo de dificultades de todo tipo que encuentra el individuo aislado. Pero, por otra parte, debe dar mucha libertad, que permita el desarrollo de la imaginación y de la iniciativa personal, para alcanzar estilos de vida que satisfagan la fe personal y activa. Ahogar esta búsqueda con normas que no tengan en cuenta las personas sería del todo contraproducente. Habrá algunas veces exageraciones, malos criterios; todo eso es inevitable, pero favorece el crecimiento y la madurez en los valores personales que son los que verdaderamente influyen en los hombres de hoy. Probablemente nadie tiene muy claro cuál es ese estilo de vida sacerdotal que corresponda hoy a la expresión del sacerdocio eterno. Hay que buscar y dejar buscar a los demás, escuchar y ver con los ojos de la fe en formas, quizás un poco chocantes al principio, un posible camino de expresión más adecuado y querido por Dios.

---

(19) Cfr. Vaticano II, "*Decr. Presb. Ordinis*", nn. 7. y 8.

(20) Cfr. *Ibid.*, n. 6: "Más el deber del pastor no se limita a cuidar sólo individualmente de los fieles, sino que se extiende también propiamente a formar una genuina comunidad cristiana".

## 2. FE HUMILDE

Algunos cristianos de hoy experimentan que su fe es con frecuencia puesta a prueba por su existencia concreta llena de dificultades. La vida moderna con su fatiga, vacío, pérdida del sentido consciente de la vida, con sus impactos a menudo rápidos y brutales, va adomerciendo, lentamente, la postura de la fe existencial o la va sometiendo a prueba cada vez con mayor intensidad. Otros llegan a sentir que las expresiones de su fe, no siempre adecuadas, constituyen algo anacrónico en su vida real.

Cuando este tipo de cristianos, generalmente los más activos buscadores de una fe personal, se encuentran con un sacerdote que posee una fe poco modesta, no dejan de sufrir una decepción. Se trata de sacerdotes que siguen centrados en las formas de piedad de otros tiempos, manteniéndolas como algo esencial y perenne en el cristianismo; que tienen una visión negativa y pesimista del mundo de hoy, donde esos hombres viven; que poseen una teología que les permite tener para todos y en todo momento una frase hecha, una solución rápida y concisa para todo tipo de problemas; que piensan que ya todo está claro y dicho desde hace mucho tiempo; que lo defienden todo y a toda costa. La descripción puede ser un poco exagerada y caricaturesca, pero el trasfondo de ella se da todavía en un cierto porcentaje de sacerdotes: una cierta seguridad y falta de humildad de quien no ha captado o no ha vivido los combates de la fe que la gente cristiana de hoy experimenta a veces con dramatismo. Por el contrario, ellos se van sintiendo lejos de ese sacerdote "de otro mundo" y de la fe que él representa; otros, tal vez los que no están cerca de alguien que les aclare su conflicto, pueden llegar a pensar que encarnan un nuevo tipo de hereje, que no entiende el lenguaje de Dios. Y la fe se va haciendo una carga inoperante que tiende a dejarse de lado como poco "útil" para la vida real.

Quisiéramos detenernos aquí sólo en dos aspectos.

Si el sacerdote no tiene una fe humilde, comprensiva de los combates de la fe que existen en el mundo moderno, debe preguntarse si realmente está viviendo en medio de los hombres de hoy. No se tratará para muchos de compartir esa vida en sus pormenores, sino de capacidad de captación. Un problema de interés, de caridad pastoral, en el fondo. Podrá ser que su concepción de la fe corresponda a una categoría nocional de la teología pretérita, la cual ponía el énfasis en su certeza objetiva, en tiempos donde los obstáculos en contra de ella eran relativamente pequeños en el sujeto que la poseía. Pero la seguridad o firmeza objetivas de la fe no excluyen, en la persona creyente, la duda o la pérdida de la fe. Esto es normal y no debe maravillar a nadie. Debe producir un gran agradecimiento en nuestro corazón por poseerla y estimularnos a defenderla y protegerla. Ser consciente de que se posee algo no conquistado, sino regalado por gracia y esencialmente difícil, es poseer una adecuada visión teológica de la fe y tener una fe humilde. "Creo, Señor, ayuda mi incredulidad" (Mc. 9, 24) (21).

(21) Dudar no es rehusar la fe; la duda no aparece sino en quien tiene fe, al menos como un germen. Los 12 Apóstoles, que siguieron a Cristo y tuvieron fe en El, son acusados, sin embargo, por el mismo Señor, como "hombres de poca fe"; "¿Por qué dudaste?" (Mt. 14, 31), etc. Sobre el motivo de esta posibilidad cfr. STO. TOMÁS, *De Veritate*, 14, 1, 5 y 6: Estando hecha la inteligencia para la evidencia intrínseca y

Existe también otro peligro de triunfalismo en la fe del sacerdote que se presenta como el "perito" de Dios. La teología nos dice que de Dios sabemos muy poco, casi nada, si lo comparamos con lo que El es verdaderamente y cómo se nos mostrará en el "cara a cara" (I Co. 13, 12). De El sabemos más lo que no es que lo que en verdad es; y lo positivo que de El conocemos es por analogía; y sobre todo, lo que de El conocemos es sólo la relación que con El tenemos; Sto. Tomás, por su parte, nos dice que la relación es el más débil de todos los accidentes. Sólo la revelación y, por tanto, la fe, siempre oscura, es la que nos da, paradójicamente, un conocimiento cierto de lo que es Dios.

"¿Crees saber lo que es Dios? ¿Crees saber cómo es Dios? Nada es de lo que imaginas, nada de lo que abraza su pensamiento. Pero, para que puedas gustar algo de Dios, sabe que Dios es caridad, la caridad por la que amamos. Esto es lo que (de Dios) hemos conocido. ¿Pensamos, acaso, haberlo comprendido totalmente? A Dios no lo alcanza el discurso racional sino la santidad, si por ventura y en alguna medida se puede alcanzar al que es inasible" (22).

Presentarse como el que conoce todo de Dios falsea a Dios. El hombre de hoy es, además, especialmente sensible, según parece, a este tipo de falseamientos. Algunos autores piensan que es debido a nuestra antropomorfización de Dios y a su consecuente empobrecimiento, que han aparecido las diferentes corrientes de ateísmo, no siendo ellas más que religiosidades frustradas de un cristianismo deformado. Especialmente se es hoy sensible a la presentación de un rostro de Dios "frío", no interesado por los problemas del hombre actual y terrestre (23).

El orden sacerdotal supone la fe, pero no la forma ni, de por sí, la hace crecer. En el plano de la fe, el sacerdote debe sentirse un simple cristiano, un creyente más entre muchos otros, que buscan a tientas, siempre en la oscuridad, al Dios escondido (Is. 45, 15). La fe siempre exigirá la humildad y la modestia de sentirse igual que los demás, luchando, con la conciencia de que cree, "a pesar" de todo. Hay que examinarse continuamente acerca de nuestra presentación de Dios, incluso de cómo pensamos de El en nuestro fuero interno. ¿Lo hemos reducido a nuestra escala de valores? Muchas veces, con el fin de acercarlo al hombre de hoy lo simplificamos todo, confundiendo los planos. Porque si Dios es siempre el más inmanente, siempre también será el más trascendente, que no se confunde con nuestras categorías.

---

no existiendo ésta en la fe, permanece en nosotros una "agitatio" que deja abierta la posibilidad de la duda. Sin embargo, y como ya lo hemos dicho, esta insuficiencia de la fe en el plano lógico es compensada en el afectivo con el "amor supernaturalis veritatis".

- (22) Textos de San Agustín (*De Trinitate*, P. L. 42, 957-958) y de San Bernardo (*De consideratione*, P. L. CLXXXII, 805, C. D.), citados por H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, Buenos Aires, 1962, p. 93.
- (23) Entre la abundante literatura sobre el tema, "Lumière et Vie" N° 13, 1954; J. MARITAIN, "La signification de l'athéisme contemporain", Paris, 1959; A. HENRY, MONS. VEUILLON y otros, *L'Athéisme* (journées d'études 1962 des ICI), Paris, 1963; E. BORNE, *Dios no ha muerto*, Andorra, 1962; J. LACROIX, *El sentido del ateísmo moderno*, Barcelona, 1964.

Por otra parte —la psicología lo ha demostrado ya ampliamente—, muchas veces una imagen deformada del Dios verdadero, tal como se presenta en Jesucristo, puede provenir de una deficiente postura psicológica. La imagen que se haya grabado en la conciencia del niño en sus relaciones parentales, podrá ser trasladada posteriormente e inconscientemente a las relaciones de Dios. Un sacerdote, que en su vida familiar y de seminario haya tenido la experiencia de una vida cristiana formalista y rigorista, fácilmente presentará el rostro airado de Dios Juez. Un cristiano, formado en ambiente de piedad espiritualista, tenderá a creer en lo más profundo de sí que Dios es indiferente al progreso del mundo, etc. Lo que esto nos está indicando, es que constantemente debemos revisar nuestra imagen interior de Dios y su correspondiente expresión para no caer en deformaciones que puedan provocar el rechazo de nuestros contemporáneos a nombre de una defensa del hombre y del sentido humano de la vida (24).

### 3. FE AMPLIA Y APOLITICA

“Mas, como quiera que en nuestros tiempos la cultura humana, y también las ciencias sagradas, avanzan con nuevo paso, incítase a los presbíteros a que perfeccionen adecuadamente y sin intermisión su ciencia humana y divina, y así se preparen a entablar más oportunamente diálogo con sus contemporáneos” (25).

Esta exhortación del Concilio a los sacerdotes toca un punto de alta importancia, el del cambio progresivo del mundo y de las ciencias. Las posibilidades futuras del hombre y del mundo son incalculables y casi rodeadas de un halo prometeico. El hombre de hoy vibra profundamente con este mundo donde Dios parece no ocupar un lugar; tanto es lo que el hombre se agranda y se seguirá agrandando. Los nuevos descubrimientos que ya se insinúan en un futuro cercano en el campo de la astronáutica, biología, físico-química y matemáticas, en el uso social de estas ciencias, etc., cautivan cada vez más, y con razón, la esperanza humana. Los cristianos aparecen muchas veces temerosos de este progreso, inconscientes de todo el valor cristiano que tiene, y muchos de ellos, sin suficiente formación acerca de estos valores humanos, creen que su fe nada tiene que decir al respecto o, puede suceder también el caso, creen que todo ello no constituye sino un obstáculo a su fe en Dios Creador y Providente.

El pastor de hoy debe tener especial preocupación por analizar la dinámica y orientación del mundo de hoy y descubrir en el seno de ellas su sentido de fe. Todo lo que está ocurriendo cambiará profundamente el marco del encuentro con Dios y no sabemos cuándo el hombre podrá detenerse en esta búsqueda afanosa. Muchos de estos cambios, verdaderas conquistas humanas sobre la naturaleza, son irreversibles. La fe nos dice que esto es bueno; no sólo tolerable. Todo ello pertenece al mandato de Dios de “someter la tierra” (Gn. 1, 28). El progreso es autén-

(24) Cfr. A. GODIN, *L'Image de Dieu chez l'enfant*, Paris-Lovain, 1964.

(25) Cfr. Concilio Vaticano II, “*Decr. Presb. Ordinis*”, n. 19.

ticamente cristiano, porque nuestra fe es una religión del futuro, de "cielos nuevos y tierra nueva" (Apoc. 21, 1). Esperamos un porvenir que, si bien creemos que sólo Dios puede constituirlo en plenitud, necesita del trabajo del hombre para llevarlo a cabo. El cristiano está, entonces, a la cabeza del progreso, creando junto con Dios o, mejor, Dios creando con él, pero de ningún modo debe estar siendo arrastrado contra su voluntad por el carro de la historia (26). El sacerdote de hoy debe renovar sus conocimientos teológicos, poniéndolos en contacto con una teología más preocupada de los problemas actuales, como tantas veces lo insinúa el Concilio. Habrá que tener una fe viva y valiente que sepa despojarse de antiguas categorías mentales, de todos los maniqueísmos y jansenismos latentes, de todo el lenguaje que hoy ya no tiene más eco en el hombre, y revestir nuestra comprensión y nuestra manera de hablar del mundo con un nuevo lenguaje que sea capaz de entusiasmar hoy, a partir de las realidades actuales, en el Evangelio. En todo este esfuerzo, muchas veces doloroso, porque se trata de despojarse de muchas cosas que pueden formar parte de la existencia misma sacerdotal, se está ejerciendo en forma muy auténtica el papel profético del sacerdote, algo muy de él, en verdad.

Pero quisiéramos insistir en otro aspecto de la fe del sacerdote en este mundo. Se trata de su carácter "apolítico", en el sentido más amplio del término.

Una de las constantes del sacerdote de hoy es su inseguridad. La Iglesia cambia, adquiere lentamente nuevas fisonomías para los fieles y para los no creyentes; los laicos maduran y van pidiendo mayor libertad de acción, independiéndose del clero en las decisiones; el mundo se va configurando con nuevas estructuras y modos de pensamiento. Muchos sacerdotes buscan un nuevo "molde", algo en que apoyarse y readquirir confianza en sí, nuevos tipos de influencia. En el fondo, puede suceder que estén buscando nuevos tipos de clericalismo, de dominio en la sociedad, y tiendan a presentar el cristianismo como una ideología y no como una fe. El sentido fundamental del Concilio ha sido precisamente el contrario. La Iglesia y el sacerdote de hoy deben buscar de nuevo lo esencial del Evangelio que es un espíritu que permite múltiples encarnaciones a través de las personas en los diferentes tiempos. Esto supone dar mucha libertad a los laicos en las materias en que ellos tienen la competencia. A veces se piensa que primero hay que formarlos; creemos que aquí no hay un antes y un después, sino que en el uso mismo de la libertad, junto al sentido de la fe que puede dar el sacerdote, el laico va obteniendo la madurez necesaria.

En la búsqueda de la seguridad que necesita, el sacerdote puede buscar inconscientemente el establecimiento de una nueva "sociedad cristiana", en el sentido del medioevo, en la coincidencia de la Iglesia con las estructuras temporales. Esto fue una coincidencia, pero nada hay que nos impulse a buscarla de nuevo para nuestra época tratando de delimitar una cultura cristiana, una educación cristiana, una política cristiana en estructuras e instituciones concretas. Podrán existir en esos niveles organizaciones más o menos inspiradas en los principios del Evangelio, e incluso ser urgente ayudarlas en alguna encrucijada histórica. Pero en estos dominios "categoriales", para usar la expresión de Rahner, nadie puede arrogarse el

(26) Cfr. en el artículo de K. RAHNER, "L'Avenir chrétien de l'homme" en *Est-il possible aujourd'hui de croire?*, pp. 147-173.

pensar que el cristianismo tiene "la" solución económica, política, educacional, cultural, etc. No existe la única manera de explicitar el contenido del Evangelio. Las diversas soluciones deberán ser diversas conformes a los hombres, las situaciones y las épocas.

Todo esto es de la mayor importancia para convivir con las diferentes ideologías de la sociedad pluralista y no presentarnos con una nueva cara de dogmatismo que los hombres de hoy rechazan con violencia. Si el cristianismo, por su inmensa amplitud en lo contingente no tiene enemigos, tampoco los debe tener el sacerdote. Su misión es salvar lo contingente, tal como es, e incluso descubrir en todas las iniciativas humanas la "puerta abierta" de la que hablaba San Pablo, para darle su sentido pleno de existencia en la fe. Esta es la labor de signo y de servicio que nos pide la Constitución "Gaudium et Spes" del Vaticano II, la que va constituyendo a la Iglesia "como sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (27).

Sin embargo, este esfuerzo por convivir con las diferentes personas e ideologías, no nos deben hacer cobardes en proclamar con fuerza lo auténtico del Evangelio, lo que es nuestro. En un país en vía de desarrollo y superación de las alienaciones humanas, es urgente la motivación de la acción social en favor de los desposeídos. La predicación de la Palabra de Justicia y de Caridad es hoy indispensable, aunque se corra el riesgo de ser mal interpretado como parece haberlo sido Pablo en sus predicaciones en Efeso (28).

#### 4. FE FRATERNAL Y SENCILLA

El sacerdote debe ser, por su misión, un guía de la comunidad cristiana y, como tal, un líder, aunque dentro de una concepción que dista mucho del clericalismo. Por su formación teológica y su condición de liturgo, pastor y educador en la fe, tiene indudablemente un puesto de preeminencia dentro del Pueblo de Dios. Sin embargo este liderazgo, si se nos permite la expresión, ha cambiado profundamente debido al cambio de las relaciones sociológicas del sacerdote con la comunidad, por una parte, y, por otra, al apareamiento de un laicado cada vez más maduro y comprometido en la Iglesia.

Antiguamente el sacerdote, a pesar de que venía "de afuera" (29) con respecto a la comunidad, se integraba en ella en forma relativamente fácil, debido a

(27) Constitución Pastoral "Gaudium et Spes", n. 42.

(28) El ejemplo es confortante, si es acertado el comentario: "Quiero, hermanos, que sepáis que mis asuntos han resultado más bien en progreso del Evangelio, hasta tal punto que, todo el Pretorio y entre todos los demás, se ha puesto de manifiesto que mis cadenas son en Cristo, y la mayor parte de los hermanos, cobrando confianza en el Señor a causa de mis cadenas, han redoblado su audacia en predicar sin miedo la Palabra de Dios" (Filip. 1, 12-14). GONZALEZ RUIZ comenta: "Creemos que la prisión de Pablo sería debida a una aviesa interpretación de su predicación evangélica, como si se tratara de algo subversivo para la estabilidad del Imperio y contrario, por lo tanto, al ius romanum... Pablo (para algunos) no sabía predicar, y ellos se creían en el deber de sustituirlo con otros sistemas de evangelización" (*Cartas de la cautividad*, p. 26).

(29) Cfr. artículo del Pbro. I. GARCIA, "Algunas facetas del problema sacerdotal" en *Teología y Vida*, 7 (1966), 189-192.

que el grupo social de la parroquia era polivalente (el conjunto de actividades diversas se realizaba delante de las mismas personas) e incluso obligatoria, no existiendo otros caminos de encuentro. El sacerdote se encontraba en estrecho contacto con todos los niveles de la vida del fiel: el familiar con sus alegrías y penas, el político, social y cultural. Algo como lo que ocurría, por lo demás, a todo personaje público: el médico, el alcalde, el farmacéutico, el profesor. Hoy, cuando el líder es monovalente, es decir, solo en un dominio de la vida y no en los otros, e incluso cuando el liderato se especializa dentro del propio sector, el jefe tiende a ser natural: es escogido por el pueblo mismo o, al menos, el jefe ha conquistado de alguna manera con su prestigio personal la benevolencia del grupo (30).

De todo esto resultan varias y nueva situaciones pastorales.

Al laico no le interesa ya una predicación que sea autoritaria, sino una que sea convincente. Algunos sacerdotes consideran esto como una falta de fe. En general la actitud antigua de su misión tiende a desaparecer y el laico se rodea del sacerdote que él precisamente ha escogido y aceptado. Los sacerdotes se sienten más aislados y, si no son preparados para esta nueva situación, chocan con los laicos maduros e, incluso, puesto que pueden tener una concepción todavía polivalente de su ministerio, cuando el laico asume tareas que ellos consideran de su dominio, llegan a preguntarse para qué sirven y cuál puede ser el sentido de su sacerdocio. A partir de aquí puede originarse una honda crisis de vitalidad de la fe y de seguridad personal.

“Si miramos nuestra Diócesis, tenemos que alegrarnos y agradecer a Dios el gran celo y probo esfuerzo de muchos. Pero no podemos desconocer un cansancio creciente y una inseguridad profundamente anclada en nuestros sacerdotes. Muchos, que han emprendido su vocación entusiastas y abiertos frente a las exigencias de los tiempos, pierden luego su brío y su impulso. Pierden su fuerza de irradiación entre los hombres y caen no rara vez en agudas crisis . . . Si nos preguntamos acerca de las causas de esta evolución, pueden darse respuestas apropiadas desde diversos puntos de vista. Por ejemplo, se podrían indicar dificultades parecidas en otras carreras que se proponen finalidades educacionales o asistenciales, o, para ir más hondo, se podría hablar de la amenazante merma o de la inseguridad de la fe” (31).

No podría ser de otra manera. Cuando el medio sociológico pone a prueba nuestra existencia misma sacerdotal (o al menos así es percibido por el sujeto), ello no puede sino repercutir en la fe existencial. Un sacerdote que trabaja en una parroquia nos decía hace poco: “Lo que más me cansa es sentirme responsable —y solo en esta responsabilidad— de los miles de almas que hay en mi parroquia, cuando compruebo que no soy capaz de llegar a más de 500 personas y los militantes verdaderos no sobrepasan la docena”. En el mundo de hoy, esa responsabilidad no podría ser tomada en el mismo sentido que en un medio homogéneo de cristiandad.

(30) Cfr. J. REMY, “Le leadership du prêtre dans le monde d’aujourd’hui”, en *Évangéliser* 17 (1963), 128-138.

(31) CARD. DOEPLNER, Pastoral citada, p. 666.

¿Cuáles serían las características de la fe en esta nueva situación que enfrentan los sacerdotes como jefes de su comunidad?

Una fe que sea —especialmente hoy— fraterna. Un creyente entre otros, pero con una misión especial. Relatar con su vida y palabras la Palabra, la Historia de la salvación que estuvo, está y estará en el futuro, siempre insertada en los hombres y los acontecimientos históricos. Hacer que esa Palabra sea válida y satisfactoria (a priori siempre lo será) para las inquietudes e interrogantes del hombre del medio en el cual trabaja. Creer en esa Palabra y en su eficacia para formar una comunidad cristiana viva, que la situación de “diáspora” de la Iglesia exige hoy, precisamente, para fundar, fortalecer y expandir la fe misma. Los sacramentos, como signos de esa Palabra y de esta nueva situación de la fe del creyente de hoy, exigirían toda una reflexión sobre la adaptación necesaria para que la comunidad litúrgica comunique con la comunidad de vida cristiana en el mundo.

Los sacerdotes perciben que esos signos no son adecuados hoy para la mentalidad de muchos y pueden chocar con la autoridad eclesíástica que les impide actuar con mayor libertad y responsabilidad. Es urgente una reflexión común en la Iglesia al respecto, y esperamos que los próximos sínodos diocesanos sean fructíferos en la búsqueda de soluciones concretas para este problema que preocupa y hasta angustia a tantos pastores, especialmente del sector popular.

Como se puede percibir por la experiencia, al menos en forma somera, los focos existenciales de la fe son de hecho pocos, pero deben ser profundamente vitales en el sacerdote. Por eso la fe debe ser también sencilla y unificada en cuanto al contenido. Saber reunificar en estos pocos focos de vida real las diversas verdades teológicas para que la fe no sea sólo conceptual sino experimentable. Saber qué es importante e irremplazable en la Revelación, para tener una jerarquía de valores en ella. Algunas veces se da la impresión, a los fieles, por esta falta de unidad en la fe del sacerdote, de que la novena tal o cual es lo central de la fe; que la Virgen María es más importante que el misterio de Dios escondido en lo más profundo de la existencia humana; que el Papa es más importante que el Espíritu Santo que lo guía a él, etc.

Si a esta fe, fraterna y sencilla, agregamos el papel profético que el sacerdote tiene por misión, tendremos los rasgos esenciales para que él sea auténtico guía y *leader* en el campo de la fe (y no en otros donde puede que lo sea de facto, pero que estrictamente no le competen). El sacerdote debe saber captar la presencia silenciosa de Dios escondido en la existencia del hombre. La teología pretérita olvidó dar una visión unitiva de los elementos naturales y sobrenaturales en la existencia concreta del hombre. Hoy es indispensable corregirla, dada la sensibilidad actual por el humanismo, imperante en todos los sectores. ¿No radica en esto fundamentalmente el éxito de un Teilhard de Chardin? Lo natural como naturaleza pura, no sometido al influjo de la gracia no existe. Lo olvidamos a menudo y damos la sensación de que construimos un hombre cristiano dividido, como una casa con dos pisos, en la cual en el de arriba está Dios y en el de abajo, nosotros y nuestra vida concreta. Hay una trasendencia ontológica en el hombre desde el hecho de la Redención de Jesucristo (aunque indebida y fruto de la gracia) que hace que a los ojos de la fe no existan paganos puros ni descristianizados puros, sino hombres ya tocados por la gracia, aunque estén todavía lejos de encontrarse a sí mismos, en la fe y en la

Iglesia (32). Constantemente hay que recordar que si la Iglesia pierde parte de su influencia de antes, no así el Reino de Dios. Porque el Reino de Dios y el poder de su gracia van más lejos que la palabra y el poder de la Iglesia. Si somos capaces de descubrir esa presencia inconsciente, pero la más profunda de Dios en el hombre, el sacerdote se habrá conquistado su puesto de guía y pastor que le son propios, en el seno de su comunidad.

---

(32) Cfr. K. RAHNER, "Naturaleza y gracia" en *Escritos de Teología*, Madrid, 1961, vol. III, pp. 115-145.